

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SR. D. JOSÉ ESTEBAN LOZANO

EL DÍA 29 DE ABRIL DE 1894



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, s

1894

DG-CL
A

DISCURSOS
LEÍDOS ANTE LA
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

SR. D. JOSÉ ESTEBAN LOZANO

EL DÍA 29 DE ABRIL DE 1894



MADRID
IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1894

R.838/5

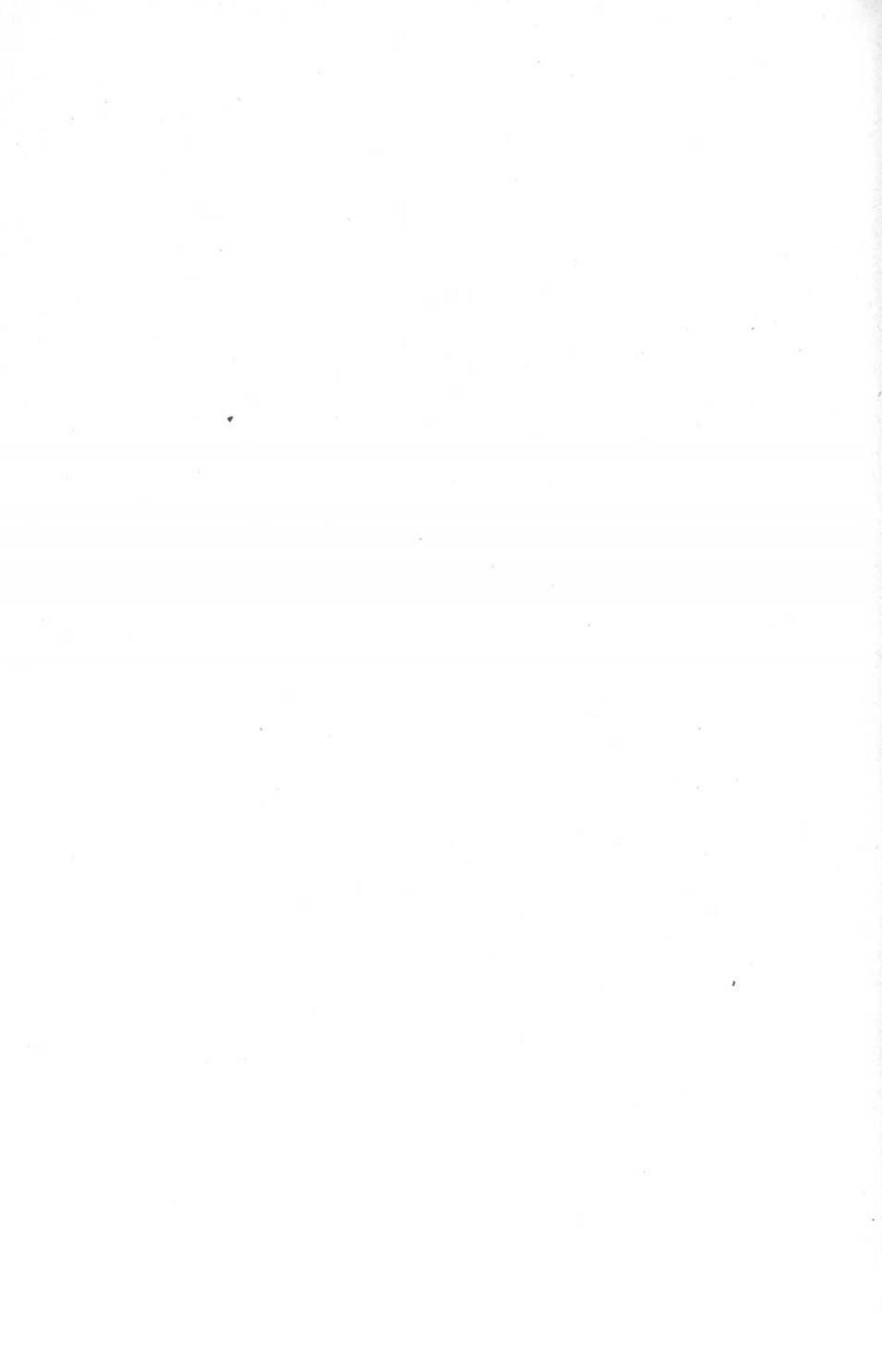


11-21
11-11

DISCURSO

DEL

SR. D. JOSÉ ESTEBAN LOZANO



SEÑORES ACADÉMICOS:

Al considerarme en medio de esta ilustre Asamblea, no por mérito alguno mío, sino por excesiva indulgencia vuestra, no sé cómo expresaros mi gratitud.

Si por una parte turba mi ánimo en este momento, acaso el más solemne de mi vida, la alteza del honor inmerecido, por otra póneme en gran perplejidad la razón reglamentaria que me obliga á discurrir sobre un ramo del arte, que, para despertar algún interés, exigiría tratarlo con un fondo de erudición de que no alardeo y con el poderoso auxilio de otro arte al que soy ajeno: el del bien decir.

Pero estoy entre mis más cariñosos amigos, y esta consideración me tranquiliza, confiando en que no me escasearéis vuestra benevolencia. Gracias os doy con toda la efusión de mi alma, y procuraré, para mostrar mi agradecimiento, ayudaros en vuestras importantes tareas, por más que mi modesto concurso no esté á la altura ni de los méritos que os adornan ni de la merced que me dispensáis.

Si un deber de respeto obliga siempre, en solemnidades como ésta, á recordar al Académico cuyo sitial venimos á ocupar, ¡con cuánto mayor motivo he de hacerlo yo, que fuí el discípulo y el amigo de D. Eduardo Fernández Pescador! Tiempo há que desapareció

de entre nosotros; pero todos guardamos vivos los recuerdos de artista tan eminente, de compañero tan asiduo y afectuoso. Mucho pudiera y hasta debiera decirnos en su elogio, si mis fuerzas alcanzaran á enaltecer su memoria, por sí propia enaltecida; mas sí le consagrará piadoso tributo de cariño y de reconocimiento quien le debe las enseñanzas en el arte que cultivara y viene á sustituirle, si no en los merecimientos, en el puesto que con tanta autoridad ocupó.

Entro en materia, ó hablando con más propiedad, voy á trazar algunas líneas para llenar este mal llamado discurso, recordando de paso aquel soneto que al fecundo Lope le mandara hacer Violante. Nada más natural que hablaros de monedas y medallas quien aquí viene en representación del arte del grabado. Pero no esperéis una disertación científico-arqueológica, pues sobre ser la materia ajena, hasta cierto punto, á la Academia, es sobrado ardua y difícil, sobre todo, para quien, como yo, no ha estudiado los maravillosos ejemplares de la edad de oro del arte que han llegado á nuestros días sino bajo su aspecto esencialmente artístico. Discurriré de manera sencilla, sin seguir un orden riguroso, y ocupando poco tiempo á fin de cansaros lo menos posible, sobre los orígenes de la medalla conmemorativa.

Dice el erudito Charles Blanc «que el grabado de medallas tiene por objeto legar á las futuras edades las imágenes dignas de imperecedera memoria; el recuerdo de acontecimientos notables, y los personajes que han caracterizado una época, han merecido la gloria ó unido su nombre á alguna virtud (1).» Esta es realmen-

(1) *Grammaire des Arts du Dessin.*

te la definición de la medalla considerada como monumento artístico conmemorativo, aspecto bajo el cual llena por cierto una misión bien grande, bien noble, bien hermosa. Mas la medalla no puede ser de la misma suerte y en absoluto, considerada bajo su aspecto histórico. Tal como aquel ilustre escritor la define, esto es, sin otro objeto que conmemorar hechos ú hombres dignos de eterna memoria, no ha existido en los tiempos primitivos, ni siquiera en los de mayor apogeo del arte en Grecia.

La casi totalidad de piezas de aquellas edades que hasta nosotros han llegado, no son otra cosa que monedas en circulación en su época (1).

¿Quiere esto decir que esas joyas no hayan tenido otra misión? En mi humilde concepto, han llenado otro fin. Aquí voy á permitirme, como punto de partida, ligeras indicaciones sobre la invención de la moneda.

No alternaré en las disquisiciones acerca de si fueron ó no al principio las cabezas de ganado unidad monetaria; si hubo monedas de hierro, cristal y hasta de suela; si los metales, más ó menos groseramente labrados, deben estimarse como origen de la moneda actual, etc., etc.; no es éste mi objeto: limitaréme á la invención de la moneda genuinamente artística.

Los más eminentes escritores modernos que se ocupan de numismática, sólo discurren ya sobre si fué Lidya, Estado del Asia Menor y centro de la civilización asiática en la época á que se atribuye el invento, la cuna de la primer moneda estampada, ó si fué su inventor Phidon, Rey de Argos, anticipándose á los lidyos. Sea de ello lo que fuere, en lo que no cabe discusión, por

(1) F. Lenormant, *La monnaie dans l'antiquité*.

demostrarlo los monumentos de un modo irrefutable, es en que la moneda estampada por Phidon en la isla de Egina, ó la que lleva este nombre, si bien no acusa prioridad, al menos marca por excelencia así el invento como el verdadero carácter de la moneda artística.

¿En qué época tiene esto lugar? Difícil es determinar, pues ni respecto á la en que floreció el Rey de Argos están acordes los cronologistas. Parece lo más razonable calcular la instalación del taller monetario en Egina por los siglos VIII ó VII antes de la era cristiana, período de la más grande actividad entre los eginetas.

En los principios, la representación artística de la moneda es puramente simbólica y refleja siempre, bajo forma expresiva, el carácter dominante del país que la emite, los dos grandes sentimientos que caracterizan al pueblo griego: la religión y la patria. En tanto, como dicen Luis y René Menard (1), que la escultura no es en Grecia más que un símbolo destinado á servir de expresión sensible á un sentimiento religioso, la moneda emplea para traducirle atributos que, como en la primitiva estatuaria, son reflejo fiel del carácter eminentemente religioso de la sociedad griega. No es el acaso ó el capricho lo que lleva á elegir una ú otra divinidad, como protectora del pueblo ó del Estado, sino que la elección es casi siempre determinada por el deseo de expresar el mítico origen, los productos del suelo y hasta las costumbres.

La forma estética de la moneda sigue la marcha natural del arte, con especialidad del de la escultura, y es consiguiente, como procedentes ambas de un mismo tronco.

(1) *La Sculpture antique et moderne.*

Poco á poco aquellos oscuros emblemas de la divinidad, ó bien de leyendas locales groseramente ejecutadas y ocupando una sola faz de la moneda, van dejando el sitio á las cabezas y á las figuras de los mismos dioses protectores, copias las primeras en su mayor parte de estatuas consagradas al culto, al paso que en la otra faz ó reverso se colocan, bien el símbolo de la divinidad, bien algún objeto que es como las armas del pueblo. ¿Cuánto tiempo permanece así? Difícil es la respuesta, no pudiendo, como respecto á la escultura, determinar épocas de las obras que han llegado á nuestros días, por la ausencia frecuente de toda leyenda en la primitiva moneda que sirva de base de investigación histórica. Si algún signo existe, es tan obscuro, de tan difícil traducción, que nada ha podido precisarse con visos de razonable.

No obstante, basta fijarse en la marcha de la escultura para deducir el estado del arte monetario: seco, duro y sin belleza alguna, como seco y duro es el escultural, ambos revelan sus tipos, el uno en los tetradracmas de Atenas, de estilo arcáico; el otro en el Apolo de Tenea que se conserva en la Gliptotheca de Munich, estatua que se supone hecha unos quinientos sesenta años antes de nuestra era. En los principios, la moneda permanece estacionaria, mientras que la escultura progresa de modo ostensible, hasta llegar á aquella explosión del sentimiento artístico que coincide con el triunfo de los griegos sobre los persas; de donde Édgard Quinet exclama: «El arte griego, uno de los caracteres más relevantes de este pueblo, nació de la victoria (1).»

(1) *Vie et mort du génie grec.*

La frase sería completamente exacta si sólo considerásemos las obras que con febril actividad é inusitado fausto artístico realizaron los griegos para reconstruir todo lo que destruyera el furor iconoclasta y semisalvaje de los invasores: los templos de Teseo y de la Victoria, con los propyleos sobre el Acrópolis de Atenas, y el incomparable Partenón, recamado por Fidias; pero antes que éste se inmortalizara con su Minerva y Júpiter olímpico, se había construído en la isla de Egina aquel templo de Zeus según unos, de Minerva según otros, de cuyo frontón se admiran todavía restos en el Museo de Munich, testimonio de un arte adelantadísimo de la influyente escuela dórica; antes los escultores Critios y Nesiotas hacen el grupo llamado *de los Tiranicidas*, cuyas copias de Atenas y Nápoles demuestran que no cedía en mérito á los mármoles de Egina; antes también llaman la atención de su época las estatuas de atletas vencedores, modeladas por Pitágoras de Regium, el primero que concluye y detalla los cabellos, las venas y los músculos; y antes, finalmente, florece Ageladas de Argos, maestro insigne de aquella escuela que, aun prescindiendo de sus obras, alcanzaría suficiente gloria con contar entre sus discípulos á los tres escultores más grandes de su época: Fidias, Myron y Policleto. Y es, señores, que así en las artes como en todas las manifestaciones del espíritu humano, lentamente y sin que la sociedad de ello se dé cuenta, se van elaborando evoluciones que, al revelarse en explosión maravillosa, sorprenden por lo inesperadas; evoluciones que son la resultante de infinitas concausas, nunca explicadas satisfactoriamente.

Tal vez el clima, la raza, las costumbres públicas y privadas; tal vez la preponderancia de la Grecia sobre

las demás naciones; hasta las guerras, ora desgarrándose entre sí los diversos Estados de la Península, ora confederándose para rechazar al implacable y eterno enemigo, guerras que ponían en constante comunicación á los griegos con razas y civilizaciones distintas; todo pudo contribuir á que aquel sentimiento innato de la belleza, característico de la civilización helénica, se convirtiese en fervoroso culto, y á que, alimentado por hombres extraordinarios como Fidias y Pericles, elevaran á los griegos á ser los primeros artistas del mundo, como eran ya «los primeros filósofos, los primeros guerreros y los primeros legisladores (1).»

La moneda, he dicho antes, no responde á ese movimiento progresivo ni se pone á la altura de esa magnífica epopeya. Con efecto, aunque desde los principios del siglo V antes de Jesucristo había cesado la estampación de las llamadas incusas, cuyos tipos más conocidos son los de Posydonia, Caulonia y Sybaris, en la Magna Grecia; aunque había empezado ya la estampación en doble relieve, ó sea por ambas faces, la moneda conserva aún el carácter arcáico que vemos en las medallas de Atenas. Mas como no podía menos de suceder, bajo la influencia de la escultura bien pronto se transforman y embellecen los tipos monetarios y hasta se altera su representación: el símbolo religioso se conserva siempre en el anverso ó parte principal de la moneda; pero en el reverso surgen emblemas alusivos á confederaciones, no sólo políticas, sino también monetarias, y alusiones claramente expresadas á triunfos obtenidos en los juegos nacionales.

En el uno se perpetúa la representación de la reli-

(1) Taine, *Philosophie de l'art en Grèce*.

gión y de la patria; en el otro campea ya la biga ó la cuadriga con el héroe, á quien unas veces conduce y otras corona la victoria, así como también suele coronar á los corceles que contribuían al triunfo. Aquí vemos ya la moneda, sin dejar de ser objeto de comercio, traduciendo una idea nueva, conmemorando acontecimientos: ahora y sólo ahora ostenta carácter verdaderamente monumental; ahora y sólo ahora revela virtual tendencia á perpetuar hechos que si á nosotros pudieran parecernos sin importancia para tan solemne consagración, la tenían y muy grande en un pueblo donde, como dice M. Taine, «las fiestas más augustas eran representaciones de ópera, y donde la tragedia, la comedia, los coros y la danza, con los juegos gímnicos, formaban parte del culto (1).» ¿Qué extraño, pues, que en esos juegos lucharan Reyes como Philippo de Macedonia, inmortalizando sus triunfos con monedas que han llegado hasta nuestros días, verdaderos tesoros artísticos, por pertenecer á un período de apogeo del arte monetario? Y aquí vemos, señores, que aquel pueblo tan entusiasta por la gloria; aquel pueblo cuyas colosales hazañas hacen dudar dónde termina su leyenda y dónde principia su historia, necesitaba un monumento impercedero que á través de los siglos pudiera manifestar sus rasgos marcados y relevantes: no le bastan para sus dioses templos de mármoles exquisitos, recamados de esculturas admirables; no le bastan los cantos de sus poetas, las narraciones de sus historiadores ni las teorías de sus filósofos: prevé, sin duda, que futuros bárbaros vendrán á remover el suelo de la patria y á destruir las manifestaciones de su poder, su inge-

(1) *Philosophie de l'art en Grèce.*

nio y su grandeza, y escoge un exiguo trozo de metal, ennoblecido por el arte, para que las edades futuras sepan cuanto juzga digno de perpetuarse; escoge un objeto incombustible por su condición, de cierto valor intrínseco por la calidad, de otro extrínseco acaso mayor por la forma, de transporte fácil, de ocultación segura, y el único que pudiera universalizar sus proezas, pues desapareciendo todo, estados, patria, pueblos, razas y hasta monumentos, la tierra guardaría en su seno, como piadoso relicario, aquellas joyas, recuerdo de glorias desvanecidas y páginas de la historia sorprendente de un pueblo sin igual.

Llegamos á la época de Alejandro *el Grande*, al período culminante de perfección en el arte monetario, nunca después sobrepujado ni igualado, á pesar de los esfuerzos de eminentísimos artistas que sólo han logrado imitar, más ó menos acertadamente, los modelos antiguos, encanto hoy de los inteligentes. A pesar de verse todavía obligados los artistas griegos á representar los mismos asuntos en los anversos de las monedas, lo ejecutan con tal diversidad dentro del canon clásico, que cada tipo es una verdadera creación artística. Viene esto á probar que ya se prescindía de reproducir las estatuas más celebradas; que los grabadores gozaban de cierta independencia para crear el tipo conforme á su sentimiento; que la obra del artista reflejaba su propia personalidad: manifestaciones todas de progreso. En cuanto á los reversos, campo donde la fantasía de aquellos maestros podía operar con mayor amplitud, las composiciones, en su mayoría de un tamaño que la simple vista no alcanza á examinar claramente, sorprenden por el gusto y la originalidad de la invención, por la belleza de la forma, por la finura de los de-

talles y por la perfección incomparable del conjunto.

Embriagado con sus victorias el Macedonio Rey, dueño de la Grecia y de la Persia, rayano ya en el Oriente á los límites del mundo conocido, aspira á la gloria del Olimpo, pareciéndole poco sin duda los triunfos conquistados. No es de extrañar que solicitara de algunos pueblos ser considerado como un Dios, ni que rompiendo el primero con la tradición, casi diríamos dogma religioso, hiciera fabricar moneda con su busto; y aquí preguntamos: ¿es Hércules el tipo de ciertas monedas alejandrinas, como alguien supone, ó lo es el mismo nuevo Dios cubierto con la piel de Hércules, de quien en su orgullo pretende descender? No entra en mi objeto la controversia: límitome en este ligero estudio, más histórico que crítico, á aceptar lo generalmente admitido (1). Si á discurrir fuera, tal vez podría sostener, con el apoyo de datos puramente artísticos, que algún otro Monarca se hubiese anticipado en la novedad; pero esto la ciencia no lo da por inconcuso, aceptando sólo que bien con la piel del león, bien con el

(1) Visconti, en su *Iconographie greque*, afirma que las monedas cuyo tipo es una cabeza cubierta con la piel de león por un lado y la estatua de Júpiter por el otro, estatua que se supone copia de la de Fidias, son del tiempo de Alejandro *el Grande*, y que la cabeza es el retrato del héroe macedónico después de haberle dedicado en vida honores divinos. H. Houssaye, en su *Histoire d'Apelles*, al hablar de los retratos de Alejandro, dice que los de Rodas, que se distinguan en el arte del grabado, agradecidos á los beneficios que habían recibido del héroe, no bien tuvieron noticia de su elevación á la categoría de Dios, le enviaron un tetradracma que ostentaba su retrato con los atributos de Hércules; y finalmente, Lenormant, en su notable *Histoire de la monnaie dans la antiquité*, consigna que Alejandro, dueño del Asia, creó la moneda de Imperio á su nombre y con su tipo, haciéndola estampar en todos sus Estados.

casco, fué Alejandro el primero que colocó su busto en la moneda (1). Quizás, á pesar de su poder, temiese herir bruscamente la tradición y el sentimiento religioso del pueblo griego; quizás recordara que un siglo antes costó á Fidias la prisión, y con ella la vida, el impío atrevimiento de retratarse en el escudo de la Athena del Partenón (2): quizás por estas causas, ó como preparación paulatina para el definitivo ensalzamiento, pudo en un tiempo adoptar aquella especie de disfraz de la piel del león; pero luego, rompiendo trabas, dominador enaltecido, su voluntad impera; y el que aspira á Dios, no ya Hércules, sino Alejandro, graba francamente su retrato en la moneda. Esta conducta la imitan en seguida todos los reyes y tiranos de Grecia y Asia, á quienes halaga este nuevo elemento de popularidad y hasta de inmortalidad (3).

(1) Son anteriores á esta época los daríos ó dáricos, moneda de oro persa, en cuyo anverso aparece la figura del Rey arrodillado, con corona radiada, teniendo en la mano derecha un arco y en la izquierda una flecha. Estas monedas, como lo indica su nombre, fueron estampadas por Darío, Rey de Persia, y continuó estampándolas Xerxes, su hijo y sucesor (522 á 472 antes de Jesucristo). Se encuentran algunas monedas con retratos de Reyes anteriores á Alejandro, como Gelon y Hieron, Reyes de Syracuse, Pausanias, de Macedonia, y Evagoras y Nicocles, su hijo, Reyes de Salamina, en Chipre; pero éstas son consideradas por los numismáticos, las unas falsas, y las otras posteriores á la época en que reinaron los Monarcas que representan.

(2) Plutarco, *Vida de Pericles*; Beulé, *Fidias*.—No desconocemos las impugnaciones formuladas por Emeric-~~D~~David, Quatremere de Quincy, Collignon y otros escritores modernos que se han ocupado de Fidias; pero tenemos sus asertos más por alarde de erudición que por prueba en contrario de lo que dice el escritor griego.

(3) También ciertos pueblos honraron de este modo á sus más preclaros hijos. Así, entre otros, los de Cos, capital de la isla de este

Con esta innovación desciende la moneda en el nivel artístico, pierde en parte su carácter religioso y se hace personal é histórica, sin que todavía se prescindiera por completo de los tipos clásicos que irán más tarde desapareciendo.

Poco más de un siglo después de la muerte del héroe macedónico, la Grecia se ve reducida á provincia del vasto Imperio romano. Los admirables productos de la escultura helénica van poco á poco siendo arrebatados por los vencedores, ó destruídos cuando no pueden transportarlos. De aquel lento y horroroso naufragio se salva la moneda por sus especiales condiciones. Los romanos principian á coleccionarlas, y cuando las quieren propias, griegos son los artistas que emplean en su construcción.

Pero ya desde la muerte de Alejandro estaba iniciada la decadencia en las artes, y especialmente en las monetarias; decadencia que suele iniciarse siempre cuando se llega á un punto culminante de progreso, como si la imaginación necesitara reposo después de una gran actividad. La decadencia en estas circunstancias se acentúa, entre otras causas, por dos determinantes: es la primera, en Grecia, la pérdida de su libertad, pues la dominación extranjera parece que todo lo avasalla, hasta los vuelos de la imaginación; es la segunda, en Roma, el carácter mismo de los vencedores, vigorosos en el terreno de las armas y las leyes, esto es, en los

nombre, ponen á Hipócrates en la moneda; los de Smyrna, una de las siete villas que se disputaban el honor de haber visto nacer á Homero, y los de Sparta, hacen lo propio, aquéllos con el padre de la poesía griega y éstos con su egregio legislador Lycurgo; y finalmente, los de Mytilene, que, como todos los lesbios, cultivaban con gran brillo la poesía, rinden idéntico tributo á la poetisa Sapho.

dominios de la fuerza, descuidan ó no alcanzan las expansiones del sentimiento en los campos apacibles de las artes. Cuando comienzan á gustar sus delicias y á querer elevarse en sus manifestaciones, toman por artífices y maestros á los vencidos, y éstos, en su mayor parte esclavos, sin inspiración propia, se contentan con imitar mal los recuerdos de los grandes modelos, ó con dar vida á creaciones sin belleza ni vigor.

No obstante, si bajo un concepto pierde mucho como monumento artístico, gana bajo otro aspecto, como monumento histórico conmemorativo, por la multiplicidad de sus manifestaciones.

A pesar de que en un principio los romanos descuidaron las artes, especialmente la pintura y la escultura, por considerarlas como objeto de lujo simplemente, luego, bajo la creciente influencia de los modelos griegos, que empezaron por coleccionar, acabaron por admirar y entraron también á producir; donde más inmediatos y rápidos adelantos marcaron fué en el arte que nos ocupa: no sólo pusieron singular cuidado en mejorar los tipos monetarios, sino que adaptaron las mismas representaciones que los griegos: la biga, la cuadriga y la victoria son los asuntos principales de sus monedas unos dos siglos antes de nuestra era.

Próximo estaba el momento de una transformación, tal vez la más importante que registra la historia artística, con la creación de tribuneros monetarios. Tenían éstos á su cargo el disponer y dirigir cuanto á la fabricación de la moneda se refiriese; y de tal modo se hicieron dueños de tan poderoso ramo de la riqueza pública, que llegaron á convertir la moneda de plata en campo de exhibición de los méritos y hazañas de sus familias y de sus antepasados, despojándola casi por

completo de la representación religiosa que hasta entonces había ostentado, á lo que nunca se atrevieron Philippo ni el mismo Alejandro. Ya no era la moneda, como entre los griegos, símbolo de la religión y de la patria, sino medio para glorificar personajes, y á veces, aunque pocas, acontecimientos contemporáneos. Sólo faltaba que dejase de circular comercialmente para entrar de lleno en la categoría de medalla conmemorativa: este hecho tan importante había de realizarse poco tiempo después. Desde Julio César, dueño absoluto de la República, bajo el nombre de Dictador perpetuo, á quien el Senado autoriza para estampar su busto en la moneda y poner en el reverso lo que mejor le plazca, de tal modo se multiplican los tipos, que no hay asunto alguno, desde los más elevados hasta los más ínfimos, que no se consigne en documentos monetarios. Funden medallas de oro los emperadores para regalarlas á las personas á quienes desean distinguir, y que las cuelgan al cuello como ostentosa muestra del favor imperial. Los cónsules, á semejanza de los emperadores, reparten medallas de plata alusivas á sus propios hechos. El Senado stampa y distribuye también al pueblo medallones de bronce que le recuerden los viajes, los triunfos, el advenimiento y la muerte de los emperadores; algunos hechos culminantes de la historia contemporánea, y ciertas solemnidades religiosas. Claudio manda fabricar sortijas con medallas, que las distribuye á sus libertos, á quienes servirán de salvoconducto para entrar en Palacio. Las mismas insignias imperiales llevan suspendidos medallones con el retrato del Emperador reinante. Hasta la moda viene á extender la fiebre por la medalla, y se hacen con ellas joyas que ostentan las mujeres, á semejanza de las que

no há mucho usaron nuestras damas como piadoso recuerdo de un triste acontecimiento que la Patria llora.

Los primeros cristianos graban también medallas conmemorativas, ya de bautismos, ya de peregrinaciones á las tumbas de los mártires, y hasta caen en la anomalía de llevar como talismanes ó amuletos medallas con el busto del vencedor de los persas y el monograma de Cristo.

Los romanos son los primeros que trazan la división entre la medalla y la moneda: aquélla no entra en la circulación corriente y ostenta carácter propio, al par que artístico conmemorativo.

Aunque muy á la ligera, he expuesto las principales evoluciones de la medalla hasta convertirse en la época romana en monumento conmemorativo. Añadiré, resumiendo, que las medallas han servido para transmitirnos los recuerdos del pasado, dándonos á conocer hechos, hombres, talentos, virtudes, vicios y bellezas; para recordar en sus líneas y en sus inscripciones, monumentos y estatuas bellísimas destruídos; para apreciar la vida política y social de los pueblos, sus instituciones, sus costumbres, sus fiestas, glorias y desgracias. Por las medallas alcanzamos á fijar y hasta reconstituir los acontecimientos, y de ellas puede decirse que son conciso resumen de la historia y muestra fehaciente del estado de las bellas artes en las diversas épocas del mundo.

Aquí, señores Académicos, debiera terminar; pero séame lícito, aprovechando este momento, exhalar una queja del fondo de mi alma, que seguramente encontrará eco en la vuestra: duéleme el estado del arte de la medalla en nuestra España querida, y no por falta de artistas, que abundan en esta tierra clásica del in-

genio, sino por otras causas que apuntaré ligeramente, no en son de censura, sino de aspiración al remedio que vuestro concurso contribuirá á encontrar. Quien visite las colecciones numismáticas de Europa, y aun las particulares, no puede menos de admirar el extraordinario número de medallas que en todas las naciones se acuñan, con prodigalidad creciente y apreciada, para perpetuar los importantes acontecimientos contemporáneos. Muchas veces he buscado allí, como viajero que anhela descubrir recuerdos de su patria, algunas medallas en representación de la España artística: nada encontré, porque nada ó casi nada existe. Y yo pregunto: ¿No tenemos artistas que sostengan el pabellón del arte? ¿no han acaecido en nuestros días sucesos, ya gloriosos, ya tristes, dignos de tan solemne conmemoración?... ¡Cómo dudarlo! ¿Cuál es, pues, la causa de tal anemia? Las individualidades son parcas en acuñar medallas; no así las colectividades, ya representen éstas el poder, la política, la ciencia, el arte, la literatura ó la industria; casi pudiéramos decir que las corporaciones son el poderoso troquel en que las medallas se funden, porque las corporaciones sintetizan los elementos civilizadores y las fuerzas impulsivas del país; y esas colectividades, que en otras partes escogen la medalla como el medio más noble y más eficaz para perpetuar los actos dignos de ser transmitidos á las edades futuras, son en nuestra patria, con raras, aunque honrosísimas excepciones, completamente indiferentes á tal manifestación artística: sólo acuñan, y esto impelidas por ineludible compromiso, alguna que otra medalla para entregarla como recompensa al mérito, á la abnegación y á la virtud en los concursos públicos: aplicación acaso la de menos importancia, pues tiende sólo á enalte-

cer una personalidad, y aun esto de modo obscuro é incompleto.

¿Hay algún remedio para tamaño mal? A mi juicio, sí: tal vez podríamos hallarle en el apoyo del Estado, y cuenta, señores, que no soy yo de los que todo lo fían á la entidad Gobierno; pero entiendo que en los momentos supremos, cuando la iniciativa privada es nula, débil é incompleta; cuando se necesita un impulso poderoso, el Estado debe abrir el camino y facilitar la ejecución. Este concurso, el Estado le presta más ó menos directamente á las Letras, las Ciencias y algunas de las Bellas Artes. ¿No podría prestarle también al arte de la medalla, que ha dado á la patria y puede darle todavía su parte de gloria?

A vosotros toca, señores Académicos, elevar vuestra voz autorizada en demanda del auxilio ó del concurso necesario; á vosotros toca, en ésta como en todas las manifestaciones artísticas de las que sois ya promovedores, ya concurrentes, ya favorecedores, ya jueces, impulsar la más débil ó la menos atendida, hasta ponerla al nivel de las demás, sus hermanas.

Réstame sólo daros de nuevo las gracias, tanto por la honra que de vosotros alcanzo, cuanto por la indulgencia con que habéis oído á quien, como yo, viene á ocupar el último puesto en esta ilustre Academia, así por la data, como por la propia significación.

HE DICHO.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. É ILMO. SR. D. CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

SEÑORES:

Si hubiéramos alcanzado los tiempos en que *El Gran Piscator Sarrabal* inauguraba las publicaciones del año, haciendo saber con precisión y claridad á los ansiosos del oráculo cuál era el astro que había de presidir á cada uno de los meses y los días; cuál la influencia innegable que ejercería sobre los sucesos y las criaturas, y cuáles las perturbaciones ó contingencias sin cálculo hacederas por conjunción, oposición ó cuadratura con otros astros, podríamos averiguar si la estrella culminante, al celebrarse la sesión en que la Academia dió sus votos á D. José Esteban Lozano, eligiéndole como Profesor destinado á la Sección de Escultura, pertenecía á la constelación de *El Carro*, allá en el cielo impulsado por briosa cuadriga; á la de *La Nave*, vehículo velero expuesto á las calmas que paralizan la moción, ó á la de *El Cancro*, animalito amigo de desandar en el progreso.

Ahora, sin tan estimable consultor, no es fácil la investigación que hiciera en un momento D. Diego de Torres Villarroel ó cualquiera de los depositarios de su ciencia; pero no es necesario acudir á la adivinatoria para deducir de ocurrencias, que si los nimbos, cirros, cúmulos ó estratos—vulgo nubarrones—no obscurecieron el brillo del luminar que á la referida sesión presi-

dió, hubo de afectarlo cualquiera de los sistemas planetarios en que los astrólogos griegos colocaron á una deidad sentada, significando la inmutabilidad de su lugar en el firmamento, y por ende, sentenciosamente, el reposo y la parsimonia con que en el mundo sublunar deben templarse los instintivos impulsos de la humanidad impaciente, porque hecho es que la elección del señor Esteban Lozano se hizo el 28 de Abril de 1884 y la recepción se verifica hoy, habiendo transcurrido diez años entre los dos actos.

No pensara yo por esto sólo que la estrella académica de nuestro compañero peca de maligna, sin traer á cuenta las circunstancias que, con cola de cometa, la han llevado por órbita extraordinariamente excéntrica. El discurso que habéis aplaudido fuera escuchado con igual delectación cuando se escribió: nada ha perdido con estar guardado tanto espacio; antes bien hace patentes el intervalo la solidez de la doctrina y la rectitud del juicio del estudioso, que no buscó impresión momentánea disertando.

Contrariedad grande causó, en verdad, el decaimiento de salud del numerario á quien había confiado el Cuerpo la respuesta á esta oración discreta. Hubiérala satisfecho, sin género de duda, con la autoridad que le dió puesto en la Sección misma del arte escultórico; con la gala en todos sus trabajos literarios envidiable; y tanto más de sentir era el impedimento para ejercer por esta vez lo que estima *sacerdocio académico*, por el tiempo irremediabilmente pasado antes que su voluntad se viera constreñida á resignar la honrosa comisión.

A más mortificantes dejaciones suele obligarnos la materia, cuando al espíritu se sobrepone, dolorida.

Instó el accidente á la designación por la Academia

de otro de los miembros que llevara su voz en la solemnidad prorrogada, y al nuevo asociado augurio de buena fortuna. ¿Qué pudiera el deseo imaginar más grato? Un artista de sangre y de genio; un crítico de saber profundo; un maestro del bien decir; un erudito para quien ni la historia ni los procedimientos del taller guardan misterios, iba á mostrarle el sillón reservado, ante el auditorio pendiente de su palabra clásica.

¿Cuándo?—Pronto, en sentir instantáneo de todos; tarde, más tarde, á medida que la fuerza del sino del Sr. Esteban Lozano—al tenor del *Piscator* de marras—originó tropiezos impensados. Dolencias, incomodidades, tareas ineludibles, exigencias del medio social en que vivimos, se sucedieron, sin conceder al segundo Académico el brevísimo espacio que á su facilidad bastara al cumplir del halagüeño cometido. Esperaba, sin embargo, cada día lograrlo; y el recelo de ocasionar mayor demora sostuvo el deseo, mientras el desengaño no lo desmoronó.

Hubo de hacerse entonces, por necesidad, á última hora, designación tercera, recayendo en persona con quien se evidencia que el Sr. Esteban Lozano, en contraposición de su apellido, es hombre de muy mala estrella, pues que se halla en situación aparejada á la del litigante que contaba con eminencias del foro en su pro; llegado el término del proceso sin que comparecieran, nombróle el tribunal letrado de oficio, y su causa estuvo en manos de abogado de pobres sin competencia efectiva, aunque legal había de reconocérsele; sin capacidad, sin tiempo siquiera para disimular támañas faltas divagando, al objeto de llenar la fórmula como podía, es decir, lastimosamente.

A la fórmula voy.

Tiéndeme encomendada la Academia de San Fernando la presentación del que viene á reemplazar á su amigo cariñoso D. Eduardo Fernández Pescador en el santuario donde se custodian con amor las tradiciones de Tomás Francisco Prieto; del zamorano Jerónimo Gil; de González de Sepúlveda; de los artistas que en los ámbitos del dominio español esparcieron las muestras ejemplares del buen gusto y de la corrección en medallas conmemorativas que constituyen otros tantos monumentos, y en esta parte sois vosotros, señores, los que, con el recipiendario, habéis de lamentar que no sea cualquiera de los sustituidos el que enumere y enaltezca los méritos y cualidades que le traen á la silla vacía, después de explicar las causas por las que muy á pesar de todos, y con sentimiento mayor de los que habían de representar á la Academia en los honores de este acto solemne, se ha visto privada de la cooperación valiosa del Sr. Esteban Lozano, por término que excede con mucho al de la normalidad de las recepciones.

Niño aún y ya experimentado en las dificultades del dibujo, seguía con atención las asignaturas de esta escuela académica, explicadas por los maestros Medina y Piquer. Ceñía el anhelo, por principio, á la pensión en Roma que ha ensanchado tantos horizontes, y hubo de sentir las decepciones de la vida artística, viendo correr los plazos sin convocatoria de aspirantes, que en muchos años no se hizo. Trabajando en tanto con ardor, halló compensación y aliento en las exposiciones del arte nacional, premiadas y adquiridas por el Estado, que fueron, la estatua de Tirso de Molina y el grupo del Dos de Mayo, obras de iniciación que al inscribir su

nombre en la esfera de los distinguidos, venían á satisfacer el afán de visitar y conocer los lugares predilectos de las Musas, las escuelas renombradas, las galerías depositarias de labores preciosas producidas en todas las edades, fuentes perennes de aprendizaje y de inspiración.

Salió de España entonces para engendrar con la caminata el deseo de repetirla; para adquirir verdadera pasión por los viajes, en que el análisis de los monumentos le seducía, atrayéndole hacia la cuna del arte y llevándole sucesivamente á admirar una en pos de otra sus joyas, en Francia, en Italia, en Bélgica, Suiza, Holanda, Alemania, Austria, Inglaterra, doquiera se guardaran.

Cordial arrimo con el amigo que ha elogiado como se merece, Eduardo Pescador, á la sazón Catedrático de grabado en hueco, le instigó á ensayarse en tan sutil como primoroso ejercicio, bien ajeno de que, por un goce puro en el vagar, se decidiría su vocación definitiva.

¡Qué mucho! En los años de 1869 á 1871 fué elegido y premiado en concurso universal el proyecto que concibió para acuñación de la moneda de oro; en 1872 sustituía al citado Profesor, difunto, por designación interina del Claustro especial, mientras por oposición ganaba, como ganó, la cátedra. Le solicitaban los encargos de medallas; le granjeaban éstas aplauso público y distinciones del Gobierno. ¿Cómo no afeccionarlas?

Algún día, formado catálogo descriptivo de cuantas han salido de sus manos, ofrecerá á la crítica, juntamente con el testimonio de la laboriosidad, campo abundoso donde no me es lícito al presente entrar aquílatando excelencias; mas no me está vedada, ni ofender mínimamente puede á la modestia del autor, por ser

hecho que pasa en autoridad de cosa juzgada, la observación de que á los principales cuños oprimió el volante por fallo de mandatarios, en certamen ó concurso abierto, ni la mención de los que trabajó para premiar méritos de otros (1).

Que pertenece el Sr. Esteban Lozano al número de los artistas que aumentan sin cesar el caudal de los conocimientos generales leyendo mucho, como mucho viaja, se advierte por las obras dedicadas á celebridad de acontecimientos tan desemejantes, cuales son, por ejemplo, la inauguración del ferrocarril directo de Madrid á Ciudad-Real y el Centenario de Santa Teresa de Jesús. Otro distinto, el del autor de *La vida es sueño*, le valió dos lauros: de la Comisión ejecutiva del Centenario mismo el uno; de la Real Academia Española, que quiso ofrecer homenaje propio suyo al dramaturgo eximio, el otro; y acaso no tanto le satisficieron ambos, como asociar la firma al tributo honorífico rendido por el Cuerpo en que ahora ingresa, á Piquer, confiada á su buril remembranza tan querida.

Un mundo de ideas despiertan los nombres de Santa Teresa, Tirso, Calderón..... pero no habéis de extrañar que se fijen las mías, por hábito, en lo que significan dos de las creaciones del Sr. Esteban Lozano, no citadas todavía (2).

Méndez Núñez, Comandante de la primera nave acoirazada que dió vuelta al mundo; Jefe de la escuadra es-

(1) Entre tales medallas, las de las Exposiciones nacionales de Bellas Artes de 1876, 1878, 1881, 1884; las de las Academias de Cádiz, Valencia y Valladolid; la de la Sociedad Central de Horticultura; la distintiva de los Diputados á Cortes.

(2) Alargaría demasiado el escrito ocupándome de las esculturas que ha tallado en madera.

tacionada en las aguas lejanas del Pacífico; actor del bombardeo de Valparaíso y del ataque temerario del Callao, es figura nobilísima en la historia moderna. La fortuna, que le había acariciado en anteriores osadas empresas del Archipiélago filipino, le acompañó constante en las costas de Chile y el Perú, y parecía sonreírle después, colocado á la cabeza del Almirantazgo. ¡Vana creencia! En esta situación, en la flor de la edad viril, entre los halagos del aprecio de sus camaradas y conciudadanos, le sorprendió enfermedad cruel que en pocos días cortó su existencia.

Interpretó fielmente el sentimiento nacional el espontáneo arranque del artista, modelando en reverso del busto, á la matrona que deposita laurea sobre la tumba del marino hidalgo, valeroso, desinteresado, cuyo norte fué siempre la honra de la bandera.

En la última de que voy á hablar, harto pequeño bronce para asunto tan grande, por reservarse al distintivo, esculpió la cabeza de un joven que, sin dejar de aprovechar lecciones del infortunio, buscaba en tierra extraña las de los hombres. Había cursado en Viena los estudios que despejan las nieblas de la inteligencia; había visitado cortes, fábricas, universidades y gimnasios, aprendiendo costumbres y lenguas, y hallábase en Inglaterra completando la educación militar cuando la voz de la nación le llamaba. Por abdicación de la Reina Doña Isabel II era representante del derecho; por la voluntad de los más, el elegido; por sus condiciones, frente al espectro de la guerra intestina, símbolo de paz.

El Gobierno-Regencia en su nombre instalado, despachó á buscarle un bajel, favorecido de las auras en travesía felicísima, con notables coincidencias. Al tiem-

po de solemnizarse la Pascua de los Reyes, llegaba el Rey de España y llegaba en las *Navas de Tolosa*, memoria del lugar en que se rompió, á la par de las cadenas de la tienda de Almumenín, el yugo mahometano preparado para la patria española; recuerdo de un Alfonso emprendedor y grande, traído por otro Alfonso que se quería partiera las ataduras de la discordia.

Aquellos momentos precursores de una restauración sin paralelo en la historia, restauración que no produjo lágrimas, conmemora la obra numismática en que á espaldas del Pacificador navega la hermosa fragata.

El discurso leído acredita los estudios teóricos que ha hecho del arte el Sr. Esteban Lozano; la contemplación de las obras sublimes; la influencia que le inclinó á cultivar dentro de la escultura, la simpática rama del grabado en hueco, cuya historia condensa desde que empezó á formarse rudimentariamente la moneda como medio de transacción y cambio, en cómodo lugar del *pecus*, y de aquí *pecunia*, hasta que por evoluciones sucesivas, en apogeo radiante, surgió la medalla esencialmente artística, monumento de valor convencional superior, registro histórico de sucesos y heroicidades, auxiliar efectivo de la historia en mil modos é historia por sí misma, clasificada en series (1).

(1) Con nombre de historia metálica se han formado varias que tanto enseñan al estudio del arte como al de los acontecimientos; tales son la de Van Loon, *Histoire metallique des XVI provinces des Pays-Bas*; de Poulharies, *Histoire metallique de l'Europe*; de Bonnani, *Numismata Pontificum Romanorum*; de Ménétrier, *Histoire metallique du Regne de Louis XIV*; de Goudounesche, *de Louis XV*; de Henin, *de la Revolution française*; de Millingen, *de Napoleon*, etc., etc.

Segregándose al punto de la ordinaria acuñación como joya y adorno, recreo de la vista, objeto ostentoso en aposentos y galerías, circunscripto á la posesión de los menos, quedó para satisfacción de las necesidades de los más la moneda legal con precio señalado, con marca genérica que vino á mostrar en cada pueblo y á dar á conocer en los demás, recíprocamente, los símbolos de nacionalidad y de soberanía.

En la medalla lució con el ingenio del artista la libertad que le permitía elección del asunto á que daba vida; en la moneda se puso á prueba tanto más el sentimiento de lo bello, cuanto más reducían el espacio la pequeñez del módulo y la imposición de signos y figuras en número inalterable.

Complaciéronse, por tanto, los maestros en vencer las dificultades, emulando en el intento de acercarse á la perfección de los tipos forzados. Benvenuto Cellini no tanto se envanecía de la creación del Perseo ó de las maravillosas piezas de orfebrería que se disputaban papas y reyes, como de la elegancia de la moneda en que había grabado los blasones de los Médicis y el busto con alma de los magníficos Duques, sus protectores (1).

Pensaba con justedad: las grandes obras son tesoros guardados de que disfrutan pocos, y que están en peligro constante por su naturaleza perecedera; la moneda multiplicada pasa de mano en mano; lleva á los más apartados rincones del mundo el concepto de la nación que la labró, la idea del adelanto y de los rasgos de sus gentes. Lo mismo el rapazuelo que la introduce en la lucha fabricando encima castillos en el aire, que el an-

(1) *Vita di Benvenuto Cellini.*

ciano en quien evoca reminiscencias de pasados tiempos y pasados hombres; así el liberal que se satisface prodigándola, como el pobre á quien proporciona el pan de cada día, se regocijan con la adquisición. Hasta el avaro que la oculta ó entierra la ha remirado antes, pensando en todo menos en que, preservándola del roce como de las influencias atmosféricas, prolonga su existencia preparando sorpresas y alegrías con el futuro descubrimiento del escondrijo.

Hicieron los árabes españoles aplicación apropiada del nombre con que entre nosotros se designa el numenario; nombre derivado de *monere*, que vale por instruir, discurriendo la manera de utilizar el curso en los varios fines de propaganda política y religiosa y de fijación de máximas ó sentencias morales, á todo lo cual se prestaba el empleo ornamental de caracteres de su alfabeto con exclusión de figuras. A este sistema, desarrollado sin menoscabo de la estética, somos deudores del conocimiento de fechas, sucesos y personajes (1). Así se hubiera anticipado en las numismas extraídas de las ruínas, descubridoras de casi todo lo que sabemos de celtíberos, fenicios, griegos colonos, cartagineses y pueblos antiguos dominadores ó transeuntes en la Península que nos sustenta.

Un literato perteneciente á esta Asamblea sintetizaba en la moneda la creación universal del arte, considerando el duro y precioso metal que el Criador puso en las entrañas de la tierra, el fuego que liquidó ese metal, el crisol que lo purificó, las máquinas ó troque-

(1) A la vulgarización han contribuído mucho en nuestros días los Sres. Gayangos, Saavedra, Codera, Amador de los Ríos, Vives y algunos más, dignos de alabanza.

les que le dieron forma y la confianza que por aceptación establece su crédito y valor, en el concepto de que así la obra del artista contiene: primero, la idea que Dios guardó en los veneros profundos de la inteligencia humana; después, el fuego del entusiasmo y el crisol del gusto y las reglas del arte que le procuran forma, y al cabo el sentimiento público que la estima (1).

¿Qué no pudiera decirse de la moneda? Fr. Licianiano Sáez, benedictino, Académico de la Historia, trató de su valor en un reinado é insensiblemente llenó volumen de 600 páginas, acumulando curiosísimos datos de trajes, armas, pinturas, tapices, relojes, libros y aun corridas de toros, sin que nada huelgue (2), porque siendo moneda lo que sirve para apreciación de los objetos, con todos, absolutamente con todos cuantos pueden adquirirse ó cambiarse, tiene relación.

Se duele el Sr. Esteban Lozano del estado que entre nosotros alcanza el arte de Pirgoteles, buscando las causas que lo postran y los remedios que pudieran alentarlos, aplicados con tino por las Corporaciones como por el Gobierno de la nación. Realmente nos ha tocado vivir en época desdichada, cubierto el campo de cizaña esterilizadora de la buena semilla. ¿Habían de malgastar los elegidos del numen el fuego sagrado ofreciéndonos escenas dolorosas? Quisiéramos mejor borrarlas de la historia con la facilidad que enmienda el raspador equivocaciones de la escritura. Tengamos

(1) El Marqués de Molíns, *Discurso en contestación al Excmo. Señor D. Leopoldo Augusto de Cueto en su recepción en la Academia de Nobles Artes de San Fernando el 5 de Mayo de 1872.*

(2) Fr. Licianiano Sáez, *Demostración histórica del verdadero valor de todas las monedas que corrían en Castilla durante el reinado de Enrique IV: Madrid, Sancha, 1805.*

paz; vengan en su compañía bienestar y cultura; el florecimiento de las artes será natural consecuencia.

La iniciativa particular las estimula más de lo que al disertante parece. No há mucho apareció por ella la descripción de las medallas de proclamaciones, en obra monumental, á la vez historia metálica, museo y biblioteca (1). Es también reciente la *Bibliografía numismática española* concebida por Académico que nos escucha (2), premiada en concurso público, como repertorio de cuanto abraza la ciencia en la esfera de sus investigaciones y testimonio de la afición y generalidad de estudio desde la edad dorada de los Leonis y Trezos, en que se escribió el silabario de principios para la niñez (3), hasta la presente, á que han legado su caudal no pocos entendidos (4).

Singular fué y continúa siendo la diligencia en reunir colecciones, utilísimas al aprecio de medallas ó monedas notables y á la difusión del gusto (5).

Las colectividades cuentan con elementos superiores que no dejan de aprovechar cuando ocasión se les

(1) *Medallas de proclamaciones y juras de los reyes de España*, por D. Adolfo Herrera: Madrid, 1882.

(2) *Bibliografía numismática española* de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Académico de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando. *Obra premiada por la Biblioteca nacional é impresa á expensas del Estado*: Madrid, 1886.

(3) Por Lorenzo Palmireno: Valencia, 1573.

(4) Baste citar á D. Antonio Agustín, al P. Flórez, á Lastanosa, Pingarrón, Cordero, Velázquez, Delgado, Castellanos, Zobel, Pujol, Campaner, Castrobeza, Codera, Vives, entre tantos.

(5) Son bien conocidas las de los Sres. García de la Torre, O'Crouley, Foquet, Marqués de la Cañada, Duque de Osuna, Ibáñez García, Barthe, Delgado, Alava, Carderera, Rivadeneyra, Vidal, Cerdá, Prat, Balaguer. En la Exposición histórico-europea dispues-

ofrece. Ahora mismo, sin excitación, ha iniciado la «Sociedad de excursiones» el grabado de medallones que, andando el tiempo, formarán *Series numismatica viro- rum illustrium*, toda vez que en los anales del pasado hay mina muy rica abierta al ideal.

En manos del Gobierno ¿quién lo duda? está la facultad de estimular las manifestaciones de este género perpetuando con medallas las fechas de sucesos faustos, como lo está en lo ordinario, celar el monedaje, ya encomendando á esta Academia la aprobación de los modelos, bien designando Inspector adecuado que lo haga, de manera que no salga de los cuños oficiales pieza que desmerezca en la comparación con otra equivalente labrada en cualquier parte del mundo.

Llegando al término de mi cometido, pienso que es el discurso del Sr. Esteban Lozano algo así como el denario del Evangelio (1): visto por la Academia, da á César lo que es de César, diciéndole: «Llegaos á nosotros para que juntos procuremos dar á Dios lo que es de Dios.»

HE DICHO.

ta en Madrid el año 1892 en celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, disfrutó el público de otras colecciones particulares pertenecientes al General D. Romualdo Nogués, á Don Pablo Bosch, á la señora Condesa viuda de Santiago y á D. Adolfo Herrera. Véase el *Catálogo general*: Madrid, 1893.

(1) San Mateo, XXII, 21.

